

Apuntes sobre la tendencia a la homogeneización del ecosistema editorial de la antropología social argentina¹

[FERNANDO ALBERTO BALBI]

Instituto de Ciencias Antropológicas. Sección Antropología Social.
Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
fabalbi@yahoo.com.ar

Resumen

Basándome en mi experiencia como editor de revistas de antropología social, en este artículo examino algunas transformaciones que han atravesado nuestras publicaciones académicas desde la recuperación de la democracia, así como un factor que ha permanecido sin grandes cambios a lo largo de ese período. A continuación, argumento que un efecto central de ese proceso —cuyo impulso central ha provenido de las políticas neoliberales de evaluación y acreditación— ha sido la tendencia a la homogeneización de nuestras revistas, y sugiero que esto repercute negativamente sobre la productividad de nuestra especialidad. Finalmente, ilustro ese desarrollo apelando al caso de una revista de la que fui editor y director.

Palabras clave: antropología social – publicaciones periódicas - neoliberalismo

Notes on the trend towards the homogenisation of the publishing ecosystem of Argentinean social anthropology

Abstract

Drawing on my experience as an editor of social anthropology journals, in this article I examine some of the transformations that have taken place in our academic publications since the recovery of democracy, as well as one factor that has remained largely unchanged throughout that period. I then argue that a central effect of this process — the central impetus for which has come from neoliberal evaluation and accreditation policies— has been the tendency towards homogenisation of our journals, and suggest

¹Artículo recibido: 27 de abril de 2023. Aceptado: 17 de julio 2023.

that this has a negative impact on the productivity of our field. Finally, I illustrate this development by appealing to the case of a journal of which I was editor and publisher.

Keywords: social anthropology - academic journals - neo-liberalism

Notas sobre a tendência para a homogeneização do ecossistema editorial da antropologia social Argentina

Resumo

Com base em minha experiência como editor de revistas de antropologia social, neste artigo examino algumas das transformações que ocorreram em nossas publicações acadêmicas desde o retorno à democracia, bem como um fator que permaneceu praticamente inalterado durante todo esse período. Em seguida, argumento que um efeito central desse processo —cujo impulso central veio das políticas neoliberais de avaliação e credenciamento— tem sido a tendência à homogeneização de nossas revistas e sugiro que isso tem um impacto negativo sobre a produtividade de nosso campo. Por fim, ilustro esse desenvolvimento recorrendo ao caso de uma revista da qual fui editor e diretor.

Palavras-chave: antropologia social - revistas acadêmicas - neoliberalismo

Introducción: un punto de vista

Las editoras de *Publicar* han tenido la gentileza de invitarme a escribir para este dossier dedicado a la reflexión sobre las políticas editoriales que atañen a las ciencias sociales en nuestro medio. Lo han hecho invocando mi trayectoria en el tema, que ha sido más bien variopinta, de modo que me parece una buena idea comenzar por sintetizarla para beneficio de los lectores.

Entre otras experiencias, menos significativas,² destaco aquí dos. En primer lugar, he tenido el orgullo de ser miembro del Consejo Editor de esta misma revista entre 1995 y 1997, bajo la dirección (y presidencia del Colegio de Graduados en Antropología) de Hugo Ratier; en ese entonces, y en un contexto de suma precariedad, nos las arreglamos para publicar dos números y dejar listo un tercero que salió a la luz bajo la gestión de nuestros sucesores inmediatos. Más tarde, estuve involucrado en una experiencia editorial —al cabo, lamentablemente fallida— emprendida por el Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (CAS-IDES): entre 2005 y 2007 fui editor del *Anuario de Estudios en Antropología Social*, y luego pasé a serlo de la revista que lo sucedió, *Estudios en Antropología Social*, que además dirigí entre 2015 y su colapso definitivo, ocurrido en 2018. Estas experiencias me han permitido desarrollar algún conocimiento acerca de nuestro campo editorial y de las políticas científicas que lo condicionan y constituyen.

Por otro lado, he actuado bastante como evaluador para revistas con referato, y soy uno más de los autores que se mueven de revista en revista tratando de dar a conocer su producción. Más ampliamente, he sido evaluador de proyectos de investigación, informes y solicitudes de beca y de ingreso a la Carrera del Investigador Científico del CONICET, así como miembro de una comisión evaluadora de informes de avance y finales de proyectos y becas (de la Universidad de Buenos Aires), todo lo cual, sumado a mi propio desempeño a lo largo de los años como becario, investigador y docente, me brinda otros puntos de vista desde donde atisbar la lógica de nuestro sistema de CyT y el lugar que ocupan allí las publicaciones periódicas.

Las líneas que siguen conjugan los conocimientos y las opiniones personales que he desarrollado a lo largo de toda esta trayectoria para abordar una parte del universo temático del dossier. Comenzaré recapitulando un aspecto del desarrollo de nuestro ecosistema de publicaciones desde la época de mi primera aproximación a la antropología, e intentaré establecer algunos de sus efectos sobre el trabajo de los editores de nuestras revistas académicas y, por esa vía, sobre las características que estas asumen. Intentaré, también, mostrar cómo esas características repercuten negativamente sobre la productividad teórico-metodológica de nuestra disciplina. Finalmente, evocaré una de las experiencias editoriales en que participé, tanto por su interés intrínseco como a modo de ilustración de mi argumento. Cabe aclarar, antes de empezar, que me ocuparé especialmente de las publicaciones dedicadas a la antropología social o que, estando orientadas a la antropología en general, la incluyen en sus páginas.

² He sido colaborador de los editores de dos publicaciones, y editor responsable (en colaboración) de un número temático.

De los *house organs* a la homogeneización

Hacia 1984, cuando ingresé como estudiante a la licenciatura en Antropología de FFyL-UBA, las escasas revistas de antropología tendían a tener las características de *house organs*, en el sentido de que expresaban a tramas de investigadores que sostenían perspectivas teórico-metodológicas relativamente compartidas, además de que era habitual que la mayoría de los autores revistaran en las instituciones que las publicaban. Así, los lectores de *Scripta Ethnologica* (publicada por el Centro Argentino de Etnología Americana), o incluso de *Runa* (la revista del Instituto de Ciencias Antropológicas de FFyL-UBA, que combinaba etnología, arqueología, folklore y lo que por entonces se denominaba ‘antropología física’) recorrían sus páginas sabiendo exactamente lo que iban a encontrar en ellas. Esta modalidad de publicación se prestaba claramente al tipo de endogamia que, no sin razón, los criterios contemporáneos impugnan: los colegas de un círculo estrecho se publicaban los unos a los otros, y las revistas eran cotos más bien cerrados, autorreferidos. Por ejemplo, el desarrollo de la etnología vernácula de corte fenomenológico, con su tendencia a dar la espalda a las tendencias internacionales de la disciplina, no hubiera sido posible sin mecanismos como éste. Aunque no veo razón alguna para reivindicar a esa etnología, eso no me impide ver que el ejemplo de *Scripta Ethnologica* muestra que la contracara de esa peligrosa endogamia era un fortalecimiento de las capacidades de los investigadores agrupados en un mismo espacio institucional para desarrollar puntos de vista substancialmente propios y más o menos compartidos. Esta es, precisamente, una capacidad de la que hoy tendemos a carecer, y el desarrollo posterior de nuestro ecosistema editorial bajo la orientación que imponen los criterios neoliberales de acreditación y evaluación es uno de los principales responsables de esa pérdida.

Durante la segunda mitad de la década del ochenta y la primera de la siguiente, la endogamia editorial comenzó a diluirse, pero aún era común que las revistas publicaran, sobre todo, a los investigadores de cada espacio institucional, y que la mayor parte de los artículos de autores ‘externos’ fueran traducciones de textos de figuras del exterior o resultaran de la publicación de selecciones de las ponencias presentadas a un evento organizado por la institución editora. El hecho mismo de que nuestro universo editorial fuera tan pequeño hizo que quienes conformábamos el modesto pero —desde la apertura democrática— creciente universo de la antropología social, tratáramos de colocar nuestra producción en revistas de instituciones diferentes de aquella en que cada uno de nosotros trabajaba, las que no alcanzaban a cubrir la demanda ‘interna’ de oportunidades de publicación (este era el caso, muy especialmente, en la UBA). A la vez, puesto que pertenecían a instituciones que agrupaban o representaban a colegas que trabajaban una variedad de temáticas, las nuevas revistas no tendieron a la especialización, sino que asumieron un carácter generalista, alternativa que, al mismo tiempo, les permitía ampliar el universo de sus autores potenciales. Esta combinación de factores comenzó, muy lentamente, a romper la lógica autocentrada de las revistas de la época inmediatamente anterior.³

³ Este proceso fue lento y sinuoso. Por ejemplo, es posible observar que, durante la década del noventa, *Publicar* presentó una clara mayoría de textos de autores de FFyL-UBA, seguramente porque, por entonces, el Colegio de Graduados era un emprendimiento sostenido fundamentalmente desde allí, de manera que, en un contexto de falta de recursos para dar a conocer las convocatorias, no pocos de los autores eran atraídos a sus páginas a través de las relaciones personales de quienes fuimos sus editores.

Lo que terminaría por diluir esa lógica sería la imposición de las políticas neoliberales de CyT, con sus exigencias de que las revistas limiten la cantidad de autores de la institución que las publica y eviten la reiteración de autores en números cercanos, y con el escaso valor curricular que otorgan a las publicaciones en periódicos de las instituciones en que trabaja cada investigador o becario. Estas exigencias comenzaron a hacerse sentir a comienzos del nuevo siglo, en lo que podría ser entendido como una segunda fase de la imposición del modelo neoliberal en el campo académico argentino, iniciada durante la década menemista con una serie de reformas institucionales y medidas cuyo principal impulsor fue el ahora curiosamente reivindicado Juan Carlos Del Bello. Claramente, un aspecto clave de la imposición de los criterios neoliberales para evaluar y acreditar a quienes hacemos ciencia es *el sometimiento de nuestras revistas a una combinación de criterios de evaluación formales y cuantitativos que tienden a trazar los límites de lo publicable, de quiénes pueden hacerlo, y de cómo debe llegar a ser publicado*. Al cabo de un largo —y discretamente sangriento— proceso, hoy en día, la proporción de autores ligados a las instituciones que editan a cada revista es tan baja como se pretende que sea, al tiempo que resulta muy difícil que un grupo de colegas desarrolle una producción más o menos interrelacionada en las páginas de una misma publicación periódica, a menos que quienes la conducen se resignen a verla marginada del sistema editorial de CyT.

A lo largo de todo este desarrollo, un factor se ha mantenido constante: el carácter ad-honorem y no profesionalizado, del trabajo editorial. En efecto, nuestros presupuestos no permiten que las revistas cuenten con editores a sueldo, de manera que son gestionadas por colegas que les dedican partes desproporcionadamente grandes de su tiempo y esfuerzos sin percibir haber alguno. Es más: como todos los que hemos estado en esos espacios sabemos, los organismos que evalúan nuestro desempeño (el CONICET, las Universidades Nacionales, MINCyT) no otorgan mayor valor al trabajo editorial, de manera que éste tampoco nos ofrece réditos en términos curriculares. Claramente, esto repercute negativamente sobre la sustentabilidad de las revistas académicas, desplegando toda la paleta de problemas del trabajo voluntario: la tendencia a que las personas no puedan sostenerlo a largo plazo, la desigual dedicación de los integrantes de los equipos editoriales, su falta de capacitación previa y la consecuente necesidad de adquirirla sobre la marcha, etc. En este contexto, es sorprendente que la mayor parte de nuestras pocas revistas hayan podido sostenerse —así fuera de manera irregular, con lapsos de silencio editorial— e, incluso, adaptarse crecientemente a las draconianas exigencias de los organismos que las evalúan y acreditan (el CAICyT, los índices internacionales, etc.) en cuanto a continuidad, procedimientos y formato.⁴

Creo que otro problema de nuestro mundillo editorial puede ser relacionado con el

⁴ Dentro de este panorama complejo, las revistas universitarias tienen más posibilidades de contar, al menos, con personal profesionalizado para las labores editoriales de carácter técnico (maquetación, etc.), así como de poner la mayor parte de las tareas relativas a la recepción y selección de artículos, incluyendo la gestión del proceso de referato, en manos de colegas que, aún sin contar con una formación específica para afrontarlas, las desarrollan como parte de sus tareas rentadas (a través, por ejemplo de la asignación de rentas docentes a miembros de los equipos editoriales). Los efectos positivos de esto son particularmente visibles en el caso de las publicaciones del Instituto de Ciencias Antropológicas de FFyL-UBA. En cambio, la continuidad de una revista como *Publicar*, que depende de una estructura totalmente basada en el voluntariado, como lo es la del Colegio de Graduados en Antropología, es casi un milagro.

trabajo no profesionalizado. Quienes participamos en equipos editoriales llegamos a hacerlo a través de una trama de relaciones personales, en la medida en que somos convocados por quienes están al frente de las revistas y/o de las instituciones que las editan. Esto, y poco más, es lo que nos legitima en tanto editores, editores asociados, etc., puesto que no se trata de un ‘trabajo’, en el sentido estrecho, coloquial, de una posición laboral remunerada para la cual las personas son seleccionadas formalmente, siguiendo ciertos procedimientos y atendiendo expresamente a su calificación y experiencia. En esas condiciones, los integrantes de los equipos editoriales (que, además, suelen ser colegas de generaciones intermedias, aún propensos a aceptar el voluntariado y, a la vez, susceptibles de ser convocados en esas condiciones), tienden a no sentirse autorizados para preseleccionar las propuestas de artículos en función de su interés relativo, y suelen tener temor de rechazar a aquellas que no tienen el nivel mínimo para ser publicadas (especialmente cuando los autores son más o menos reconocidos), apostando a que sean los evaluadores quienes hagan el ‘trabajo sucio’ de dejar caer todo lo que no merece ser publicado. Esto redundo en, al menos, dos problemas recurrentes: la publicación de un porcentaje apreciable de artículos de baja calidad que, contra lo esperado por los editores, los evaluadores dejan pasar; y ese gran problema del sistema de referato con doble ciego que es la dictadura de los pares, hecha de rechazos arbitrarios, exigencias absurdas de adaptación a los cánones que celebra cada evaluador, e imposiciones injustificables de puntos de vista ajenos a los autores. Esta dictadura, que en las revistas de alto factor de impacto de las academias centrales resulta —para decirlo en términos bourdianos— de la armonización de los *habitus* de editores y evaluadores —y, crecientemente, de los autores—, se produce entre nosotros como precipitado de la solución que surge de combinar a editores que se sienten maniatados con evaluadores que se sienten liberados por el anonimato.

Al cabo, esta combinación de factores tiende a dejarnos en una posición simétricamente opuesta a la de la época de los *house organs*. En efecto, no sólo nos hemos librado de la endogamia editorial, con todos sus efectos negativos, sino que *hemos llegado a un punto en el que es sumamente difícil establecer siquiera una mínima línea editorial*: las revistas no pueden permitir que los miembros de las instituciones que las publican se muestren demasiado en sus páginas; los autores deben espaciar sus intervenciones en cada revista y, recíprocamente, éstas deben priorizar la rotación de los nombres que pueblan sus índices; los editores no se atreven seriamente a producir los rechazos necesarios para orientar a sus revistas en función de una cierta línea teórico-metodológica (esto es, si acaso llegan a plantearse semejante idea) o, siquiera, de estándares de calidad mínima; y los mismos editores prefieren transferir a los siempre arbitrarios evaluadores las decisiones sobre lo que se publica o no se publica, y sobre en qué condiciones se publica lo que efectivamente llega a ser publicado. Así las cosas, nuestras revistas tienden a parecerse mucho unas a las otras, cosa que sucede tanto más cuanto más embarcadas están en la carrera por ingresar a los índices de publicaciones periódicas.⁵ Al mismo tiempo, *se dificulta mucho la producción de intercambios que, alojados en las páginas de una revista en particular, expresen y, a*

⁵ Esta tendencia llega al punto en que es posible encontrar alguna revista que, en la práctica, publica textos que, considerados en su conjunto, no encajan en el perfil editorial que la propia revista declara. Evito hacer nombres porque, a mi juicio, no se trata de una falla de sus editores sino de un problema estructural.

la vez, sean medio de la consolidación de enfoques más o menos compartidos por un conjunto de colegas que, por lo demás, mantienen activamente lazos de cooperación.⁶ En mi opinión (que reconozco discutible), esto reduce marcadamente la productividad teórico-metodológica de la disciplina en general en nuestro medio.⁷ Entiendo que es positivo que los *house organs* sean cosa del pasado (hoy en día, en *Scripta Ethnologica* es posible leer sobre operadores de políticas públicas, terapia de cannabis, budismo o trayectorias de rabinas en la ciudad de Buenos Aires, todos temas que eran impensables en su versión bormidiana), pero junto con esa modalidad editorial se nos ha escapado uno de los recursos fundamentales para que las tramas más o menos institucionalizadas de colegas que sostienen acuerdos teórico-metodológicos básicos puedan llegar a desarrollar perspectivas analíticas distintivas y más o menos compartidas. Con la excepción de algunas que están especializadas en temáticas estrechas, *las revistas de ciencias sociales en general se han convertido en ámbitos aptos para la reproducción individual de cada uno de nosotros antes que para la producción colectiva de conocimientos relativamente distintivos.*

Un experimento editorial condenado

Quisiera cerrar estas páginas revisando la historia del *Anuario de Estudios en Antropología Social* y de la revista *Estudios en Antropología Social* (EAS), de la que he sido parte, y que permite ilustrar casi todo lo que acabo de argumentar.

El *Anuario* nació en la primera década de este siglo, con la intención expresa de servir como un órgano de difusión de las actividades desarrolladas en el CAS-IDES, y, en ese carácter, tenía rasgos que lo aproximaban al modelo del *house organ*. Para empezar, publicaba textos resultantes directamente de eventos organizados por el CAS (como la Conferencia Esther Hermitte, dedicada anualmente a la fundadora de ese espacio), artículos que, en general, eran de miembros de ese centro⁸ o de colegas que pasaban por alguna de las actividades allí desarrolladas, escritos solicitados por los editores a colegas también vinculados en alguna forma con el mismo (como la notable serie de panoramas temáticos dedicados a diversos campos, o las reseñas de libros), y artículos sobre metodología etnográfica (un tema central de las actividades desarrolladas en el CAS, de la mano de la colega Rosana Guber, que es seguramente la persona que más ha reflexionado sobre la etnografía en nuestro medio). Luego, ocurría que, en su conjunto, estos contenidos reflejaban ciertos acuerdos básicos más o menos compartidos por los miembros del CAS: la reivindicación de la antropología 'clásica' como fuente de saberes aún valiosos, la centralidad de la etnografía como práctica de investigación y

⁶ Digo que lo dificulta mucho porque entiendo que no lo impide por completo: es posible observar la existencia de algunas revistas de ciencias sociales (pero no de antropología social) que sostienen exitosamente líneas editoriales bastante marcadas a pesar de ser parte del juego que se produce en torno de los índices de publicaciones periódicas. Tengo la impresión de esto sucede, sobre todo, con revistas de alcances temáticos relativamente estrechos (estudios sociales de la ciencia y la tecnología, memoria, etc.), en cuyas páginas publican conjuntos de investigadores que, sin ser mayoritariamente de una misma institución y sin, en muchos casos, cooperar activamente unos con los otros, comparten supuestos básicos en torno de la definición y el abordaje de su campo temático.

⁷ En textos anteriores, he examinado otros factores que limitan la productividad teórico-metodológica de nuestra antropología social. Véanse: Balbi (2022, 2021).

⁸ En general, se trataba de antropólogos que tenían sus lugares de trabajo en otras instituciones, pero eran miembros del CAS y participaban de actividades allí desarrolladas.

como foco de la identidad de la disciplina, y —el punto acaso menos homogéneamente compartido— una forma de entender a la etnografía vinculada con el interpretativismo antropológico y con la etnometodología. Así, si bien el lector no podía saber exactamente qué iba a encontrar en las páginas del *Anuario*, sí podía esperar una paleta de temas y enfoques relativamente restringida.

Sin embargo, el *Anuario* era un anacronismo porque había sido fundado en una época en que ya no había cabida ni siquiera para esa forma aggiornada de *house organ*. Así, en 2006, siendo uno de sus editores, propuse transformarlo en una revista semestral, atendiendo al escaso o nulo valor curricular que tenía para los colegas escribir en nuestras páginas debido a que el formato anual y el elevado porcentaje de autores del CAS no permitían su indización. Al año siguiente, lanzamos *EAS*, ampliando la proporción de cada número ocupada por la sección de artículos ‘abierta’, pero manteniendo las secciones habituales del *Anuario*, aunque distribuyéndolas entre sus dos números anuales. La idea era preservar el carácter distintivo de la publicación, con sus áreas de interés habituales, así como, de una manera más matizada, alguna vinculación con las actividades del CAS.

Bajo este nuevo formato, llegamos a publicar cuatro números: el primero en papel, y los tres siguientes en forma electrónica. Este nuevo cambio obedeció, como es fácil imaginar, a dificultades económicas.⁹ Pero incluso el recurso a la publicación en línea no bastó para sostener la continuidad de *EAS*. El factor clave que llevó a que dejara de salir fue el que representan las flaquezas del voluntariado. Ninguna de las personas que trabajábamos en el equipo editorial de la revista recibía remuneración alguna, y algunos de nosotros encontramos crecientemente difícil sostener el esfuerzo que suponía (yo mismo dejé de participar activamente cuando estaba en preparación un quinto número que nunca llegó a ser publicado). A esto se sumaba que el equipo era pequeño, y que —confluyendo inadvertidamente con lo poco que los organismos de CyT valoran el trabajo editorial— las posiciones de quienes colaboraban con los editores estaban escasamente jerarquizadas y, por ende, no eran claramente presentables en un currículum. Viendo esa experiencia en retrospectiva, no puedo sino pensar que este detalle revela la falta de capacitación profesional de quienes tomábamos las decisiones sobre la gestión de *EAS*; otro tanto puede decirse de nuestro intento de convertir al *Anuario* en una revista para no caernos por completo del ecosistema editorial pero sin dejar de intentar que sus páginas reflejaran las orientaciones y actividades del CAS —una especie de esquizofrenia institucional que revela que no terminábamos de entender la lógica del sistema neoliberal de publicaciones de CyT—.

Algunos años más tarde, en 2015, decidimos relanzar *EAS* haciendo un intento informado de adaptarnos a las condiciones exigidas para poder sumarla a algunos índices de publicaciones científicas. Yo me hice cargo de la dirección y, desde esa posición, fui responsable de buena parte de las características que asumió en su nueva etapa, así como de su abrupto final. Establecimos un nuevo consejo editor, y, teniendo en cuenta la experiencia anterior, armamos un equipo de trabajo más nutrido y asignamos posiciones formales que pudieran ser reflejadas en los currículums de sus integrantes y, a la vez, se correspondieran con las exigencias de los índices. Sin embargo, el final

⁹No he querido abundar aquí en el problema de la falta de líneas de financiamiento para publicaciones académicas periódicas, que es otra de las constantes de nuestro medio.

estaba anunciado, porque persistían las condiciones que habían provocado el hiato del que intentábamos salir.

Ante todo, carecíamos de fondos para sostener la revista. Asimismo, nos faltaba la capacitación necesaria para llevar adelante una publicación académica en las complejas condiciones exigidas por los organismos que las evalúan y acreditan. Empero, ya éramos conscientes de esa carencia, de modo que intentamos ponernos a tono (en lo personal, dediqué mucho tiempo a leer todo el material al respecto que pude conseguir) y, sobre todo, apuntamos a solucionar ambas carencias acudiendo al respaldo del portal de publicaciones científicas del CAICYT, que ofrecía un soporte informático, personal técnico cualificado para colocar la revista en línea utilizando el Open Journal System (OJS), y el asesoramiento de sus técnicos para el proceso editorial en general. Con optimismo, Adrián Koberwein —Editor Asociado de la revista— y yo nos entrevistamos con un funcionario del CAICYT, que nos instruyó para presentar nuestro pedido de incorporación de *EAS* a la plataforma. Pero, por desgracia, cuando un par de meses más tarde enviamos la solicitud, nos respondieron con un correo electrónico indicando que “por el momento” el portal no incorporaría nuevas revistas.¹⁰

Ante esto, Koberwein que, además de estar a cargo de una sección con referato, iba a ocuparse de la maquetación, propuso encargarse también de la puesta en línea. Pensábamos usar el servidor del IDES, pero pronto comprobamos que no brindaba las condiciones necesarias para usar el OJS. El plan que concebimos en ese momento implicaba seguir adelante reproduciendo en la página la mayor parte de las formalidades requeridas por los índices (la información institucional y editorial que deben ofrecer en sus sitios web, el formato de los textos a publicar, etc.), prescindiendo de los recursos que aporta el OJS para formalizar y hacer trazables los procedimientos editoriales (recepción de propuestas, evaluación, etc.) acorde a las exigencias de los índices. Un estudio cuidadoso del material que yo había recopilado nos permitió ver que, si para ingresar a cada índice se deben cumplir algunos requisitos forzosos, más una cierta proporción del total de los requisitos pautados, nosotros podríamos alcanzar esa meta incluso si nos salteábamos los relativos a la trazabilidad informática de los procedimientos editoriales. La apuesta era realizable, aunque evidentemente iba a exigir un trabajo excesivo de parte de Koberwein. Resultaba evidente que la continuidad de la revista pendería siempre de un hilo, y que se haría imposible cuando él no pudiera sostener ese esfuerzo, pero esperábamos encontrar una solución antes de llegar a ese punto. Sin embargo, no fue esto lo que condujo a *EAS* al colapso.

Los problemas se sucedieron. Tres puntos clave de la política editorial que yo impulsaba eran las intenciones de: publicar exclusivamente textos de antropología social, evitando admitir piezas de disciplinas limítrofes (ante la escasez de publicaciones de la disciplina, *EAS* le estaría dedicada en forma exclusiva); ejercer un control editorial sobre lo que se publicaba, limitando el espectro de enfoques y estilos a admitir en la revista, de manera de mantener una línea editorial definida aunque amplia; y filtrar desde el comité editorial a aquellos textos cuyo nivel desaconsejara su publicación, evitando transferir esas decisiones a los evaluadores. Sin embargo, algunos integrantes

¹⁰ En la práctica, el ingreso nunca fue reabierto, y, años más tarde, el portal salió de línea, forzando a las revistas allí alojadas —incluyendo a *Publicar*— a migrar a otros espacios para sostenerse por sus propios medios.

del equipo de la revista sentían dudas a la hora de asumir la responsabilidad de rechazar textos. Así, en reiteradas oportunidades, algunos compañeros tendieron a transferirme esas decisiones y su comunicación a los interesados. Al mismo tiempo, otros colegas admitían textos que se apartaban de la línea editorial o de nivel discutible, enviándolos a evaluar. De esta forma, la revista mantuvo una orientación visible gracias a las secciones vinculadas con las actividades del CAS y a un espacio en que invitábamos a tres colegas a escribir textos breves sobre cuestiones pautadas por los editores, pero la sección abierta no avanzaba en el sentido de consolidar una línea editorial, y el trabajo tendía a multiplicarse y desbalancearse.

El problema del trabajo voluntario pesó también en lo tocante a la revisión de estilo. En el primer número de la nueva etapa, debimos hacerla algunos de los integrantes del equipo editor. Luego, el Centro de Investigaciones Sociales (IDES-CONICET) se sumó a *EAS* como institución editora, aportando un profesional en edición que se ocupaba de todas sus revistas. Paradójicamente, esta experiencia no redujo la sobrecarga de trabajo porque el profesional, que debía trabajar a la vez para revistas de distintos campos disciplinarios, no consiguió adaptarse a las particularidades de la escritura etnográfica, lo que llevó a que las revisiones de estilo se convirtieran en un prolongado ida y vuelta de versiones entre él y yo.

Finalmente, nos vimos afectados por el hecho de que el trabajo editorial no sólo exige mucho tiempo y esfuerzo, sino que genera periódicamente cuellos de botella que resultaban incompatibles con el resto de nuestras tareas laborales (por no mencionar a la vida en general). En el caso de *EAS*, ocurrió que algunos miembros del equipo editorial comenzaron a experimentar serias dificultades para cumplir con sus tareas, las actividades compartidas comenzaron a recaer más en algunas personas que en las demás, y algunos colegas debieron suspender su participación indefinidamente. En estas condiciones, publicamos dos números antes colapsar durante la preparación del tercero, cuando una proporción desusada del trabajo recayó sobre mis espaldas, y yo mismo entendí que ya no podía sostenerlo sin dejar de lado las tareas por las cuales me pagan el CONICET y la UBA.

En retrospectiva, creo que todos los que contribuimos a hacer el *Anuario* y *EAS* podemos sentirnos orgullosos por su calidad y, especialmente, por el hecho de que, en sus breves vidas, consiguieron establecer un perfil distintivo en el marco de nuestro ecosistema editorial, con una amplia mayoría de textos que remitían a algunos lineamientos de estilo básico (los entendimientos en torno de la teoría antropológica y de la etnografía ya mencionados), una presencia importante de un manejo de núcleos temáticos, y claras contribuciones a la consolidación de la disciplina (con los panoramas temáticos de algunas especialidades, etc.). Sin embargo, una sumatoria de condiciones estructurales hicieron que la trayectoria conjunta de ambas publicaciones fuera accidentada y breve: la falta de recursos económicos adecuados; el hecho de que quienes las hacíamos careciéramos de una adecuada capacitación y debiéramos formarnos en la práctica, mediante el viejo 'sistema' del ensayo y el error; la naturaleza voluntaria y por ende precaria de nuestra labor editorial; el carácter draconiano de los criterios de acreditación y evaluación a que están sometidas tanto las revistas como los autores; y las fuertes presiones que esos mismos criterios y la falta de profesionalización ejercen en contra de la capacidad efectiva de los editores para establecer y sostener líneas editoriales.

Más allá de sus particularidades, creo que la historia de esta aventura editorial habla

tanto de las condiciones que debilitan nuestro ecosistema de publicaciones como de algunas de las maneras en que las malhadadas políticas de publicación neoliberales estructuran incluso las formas en que producimos y transmitimos conocimientos.¹¹ No me caben dudas de que necesitamos mucho del tipo de reflexión sobre la naturaleza de nuestro ecosistema editorial y su lugar en el medio académico que propicia este dossier, publicado —justamente— en una revista que lleva treinta años enfrentando gallardamente la más compleja combinación de condiciones posible en nuestro siempre difícil contexto.

Bibliografía

Balbi, F. A. (11 de agosto de 2021). Nosotros y las modalidades neoliberales de acreditación y evaluación. (Primera de n partes). Es más complejo. Recuperado de: <https://esmascomplejo.wordpress.com/2021/08/09/nosotros-y-las-modalidades-neoliberales-de-acreditacion/>

Balbi, F. A. (2022). Notas sobre la irrupción de la antropología social en la Universidad de Buenos Aires. Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre. 42(3), número especial, pp. 192-204. Dpi: <https://doi.org/10.34096/runa.v42i3.8737>



Fernando Alberto Balbi es Doctor en Antropología por el Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro. Actualmente es Profesor Asociado del Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, e Investigador Independiente del CONICET. Sus trabajos en curso cubren las áreas de la antropología de la política, la antropología de la moral, la teoría antropológica y la etnografía.

¹¹ He examinado un aspecto diferente de esta cuestión en Balbi (2021).